

BENITO PÉREZ GALDÓS,

EL CANARIO MÁS UNIVERSAL

*Viajes por España * La tertulia del Ateneo * El dramaturgo*

CAPITULO XI

VIAJES POR ESPAÑA

Excursiones pintorescas.— Viajando en tercera.— Parando en los mesones.— Observando tipos y costumbres.

Algún tiempo después de realizar las excursiones por el extranjero, hizo Galdós viajes por España un poco molestos y extravagantes, pero muy propios para adquirir conocimientos de gentes, de lenguajes y de costumbres.

Salía siempre de Santander, acompañando por Rubín, su jardinero y mayordomo, y en ferrocarril, en departamento de tercera clase, recorría largas distancias, viviendo en los paradores y mesones en continuo contacto con el pueblo.

Viajaba siempre de día y visitaba solamente aquellas ciudades y pueblos situados en la línea del ferrocarril o próximos a ella.

Las visitas no eran muy detenidas, pero sí lo suficiente para contemplar las tradiciones y costumbres de las localidades en que se detenían, para descubrir alguno de sus afanes, para buscar algo de su carácter, para sentir su calor y sorprender alguna de las sensaciones de su espíritu.

De este modo rápido, juzgando las cosas por la primera impresión, llevábase el ilustre autor de los *Episodios Nacionales* una completa y cabal visión de los sitios que visitaba, que esas jornadas deben hacerse aprisa, de pasada, toda vez que se conservan mejor las impresiones rápidas que los estudios detenidos y pacientes, a más de que en tales viajes solemos despabilar el alma y llevamos el corazón abierto a las sensaciones y el cerebro dispuesto a recibir ideas.

De esta forma recorrió Galdós el valle de Mena y toda la parte alta de Burgos, Espinosa de los Monteros, Medina de Pomar, Villarcayo, Bribiesca. En otro viaje que emprendió desde Santander con Rubín, visitó Orduña, Miranda, Pancorbo, Burgos y Valladolid. Luego por el ferrocarril de Ariza fue a Peñafiel, Aranda de Duero, Burgo de Osma y Almazán; y dando la vuelta por Calatayud recorrió Casetas, Tudela, Calahorra, Logroño y Miranda, yendo después a Zumárraga, Vergara, Elgoibar, Durango, Bilbao y Ramales, desde donde regresó a Santander.

Más tarde organizó otra excursión a Barcelona, saliendo, como en las anteriores, de Santander, acompañado de su

3

mayordomo. Estuvo en Huesca, Lérida, Manresa y otras muchas poblaciones de Cataluña.

El año de 1894 realizó otro viaje acompañado por Victoriano, su popular criado, por Castilla la Vieja. Eligió como centro de operaciones Medina del Campo y visitó Rueda, Tordesillas, Simancas, Olmedo, Madrigal y Arévalo.

En Tordesillas vio la residencia de doña Juana la Loca. En Simancas visitó el archivo de Castilla.

Madrigal de las Altas Torres dejó en D. Benito una imborrable y grata impresión, por el aspecto del pueblo, por las costumbres de sus habitantes, por el ambiente que allí respiró.

También conoce Galdós casi toda Andalucía, especialmente las provincias de Sevilla, Granada y Almería y parte de la Mancha. Con su visita al Toboso experimentó una intensa emoción, contemplando la iglesia y recordando el diálogo de Don Quijote y Sancho.

En Salamanca ha estado muchas veces D. Benito. Sus visitas a Toledo fueron también muy frecuentes. Su célebre novela *Angel Guerra* la escribió en la imperial ciudad y en ella permaneció entonces más de un mes.

Claro es que gran parte de las impresiones que recogió en estos viajes han quedado reflejadas de una manera vigorosa en las páginas de sus libros.

Las jornadas que hizo Galdós por los pueblos de España, acompañado unas veces por su mayordomo Rubín y otras por su criado Victoriano, tenían por principal objeto, como hemos consignado al principio de este capítulo, estudiar costumbres, conocer tradiciones, penetrar en el alma del pueblo español.

Y juzguen los lectores del precioso tesoro de datos e impresiones que el gran novelista recogería. Nada, seguramente, quedó oculto a su fina observación. Su espíritu genial penetró en todo, analizando tipos, parajes, vidas, anhelos.

La forma en que realizó las excursiones le proporcionó el completo conocimiento que tiene del pueblo, pues en contacto con

él vivió durante el tiempo que aquéllas duraron.

No se pueden ustedes imaginar —nos dijo don Benito— qué escenas más pintorescas presencié y qué lenguajes más bonitos oí, en los vagones de tercera y en los mesones en que me hospedaba. Recuerdo que gocé mucho en un viaje que hice de Bribiesca a Burgos. Realicé la jornada en un tren de mercancías que llevaba sólo un coche de tercera y que llaman la *burra*. En todas las estaciones se detenía el convoy largos ratos y debido a esto y a su escasa velocidad, tardó en hacer el recorrido muchas horas. Pero a mí la excursión me resultó amenísima con el constante entrar y salir en el vagón de aquellas gentes aldeanas, con los diálogos que entablaban y con las costumbres pintorescas que me iba descubriendo. En una de las estaciones montó en mi departamento un hombre ya viejo, alto, todo afeitado, de postura gallarda y aspecto noble. Mirándolo, me parecía contemplar al Condestable de Castilla. No acabaría nunca si les contara detalles de aquellas excursiones. En todas ellas recibí tan gratas e intensas sensaciones, que me compensaban las molestias que mi forma de viajar me ocasionaba.

CAPITULO XII

EN EL ATENEO VIEJO

Concurrente asiduo.— Alcalá-Galiano y Ríos Rosas.— Su tertulia.— El brasero de Moreno Nieto.

El Ateneo viejo fue uno de los grandes cariños de D. Benito Pérez Galdós.

De ahí, lector, que le dediquemos un capítulo en este libro, pero no para describirlo, ni para detallar su funcionamiento, sino para seguir consignando nuevos datos de la vida del insigne novelista, pues desde mucho antes del año de 1868 hasta que cambió de domicilio tan culta sociedad, fue D. Benito asiduo concurrente al vetusto caserón de la calle de la Montera y por sus salas se esparcieron intensas palpitations de su vida.

Todas las tardes acudía Galdós al viejo Ateneo y en él permanecía muchas horas, leyendo en la Biblioteca, conversando con los hombres ilustres que frecuentaban aquel centro y oyendo interesantes disertaciones en la cátedra.

También por las noches solía volver a dicho centro y en él permanecía hasta las once o las doce, hora en que regresaba siempre a su domicilio.

BENITO PÉREZ GALDÓS, EL CANARIO MÁS UNIVERSAL

—No estaba instalado el Ateneo viejo— nos dijo el gran escritor —con las comodidades y el lujo que lo está el Ateneo nuevo. No había allí los retratos, ni los cuadros, ni el mobiliario que hay hoy en el edificio de la calle del Prado.

La casa de la calle de la Montera, propiedad del marqués de Cubas, era una casa vieja, a la que, para mayor amplitud del local, habiense unido habitaciones de otra casa contigua. Los salones estaban decorados y amueblados con modestia, pero la falta de confort moderno estaba compensada de sobra con el ambiente que se respiraba, un ambiente de cultura, de vida espiritual, de entusiasmo por el estudio y por el progreso.

La biblioteca —siguió diciendo— era modesta, pero buena. ¡Cuántas horas pasé yo en ella leyendo, estudiando! Aún parece que contemplo allá, en el fondo de la habitación, arrimado a un brasero, al inolvidable bibliotecario, D. José Moreno Nieto. Algunos socios acudían a él para formar tertulia y muchas veces tomé yo parte en ella. En la biblioteca vi también leyendo revistas y obras a D. Antonio Alcalá Galiano y a D. Antonio Ríos Rosas, y era tal la veneración que sentía por aquellos grandes hombres y tan grande el respeto que me inspiraban, que les contemplaba atento largo rato, pero sin acercarme a ellos y sin atreverme a hablarles.

En un rincón del largo pasillo que había a la entrada —agregó Galdós— formaban casi todos los días tertulia varios cubanos, entre los que descollaba D. Calixto Bernal. A esa tertulia me agregaba yo, como también Labra, Giner de los Ríos y los hermanos de éste, Paco, que ya murió, y Hermegegildo, que aún vive. Con todos ellos hice gran amistad que aún conservo. En la sala que llamaban el Senado, porque en ella se reunían los socios de más edad, pasé también largas horas; allí se destacaba siempre la figura de un señor que se apellidaba Gallardo, magistrado del Tribunal Supremo, hombre inteligente, y muy simpático que tenía una conversación amenisima y llena de agudezas. La Cátedra estaba situada en el fondo del edificio. En ella oí conferencias inolvidables de Moret, de Camús, de Augusto Linareis y de otros grandes maestros.

¡Oh! Aquel Ateneo —decía D. Benito a cada momento— era una cosa muy distinta del de ahora. En la época de la revolución del 68 —añadió— cuando era Presidente Figuerola, el Ateneo fue para la revolución española lo que había sido la Enciclopedia para la revolución francesa. También bajo las presidencias de Olózaga, Posada Herrera y Cánovas del Castillo, el Ateneo continuó teniendo gran esplendor, siendo algo así como la vanguardia de la cultura nacional. Recuerdo que, en época próxima a la revolución de Septiembre, estuvo clausurado unos días. No se celebraban conferencias ni funcionaban las cátedras. Pero a pesar de esta medida que el Gobierno había adoptado, nos reuníamos allí muchos

ateneístas y era aquello una especie de logia masónica.

—¿En el Ateneo viejo conocería usted y haría amistad con muchos hombres ilustres? —preguntamos a D. Benito.

—Como yo era poco comunicativo —contestó— no tenía muchos amigos ateneístas. Sin embargo, traté a bastantes. No se me olvidan los parroquianos del salón de lectura. En él conocí a Emilio Huellín, que acaparaba todos los periódicos; a D. Justo Pelayo Cuesta, al brigadier de Artillería la Llave, a D. Isidoro Urzáiz, a D. Salvador Constanzio, italiano que había hecho varias traducciones; al pintor Rosales, al brigadier Lasausalle que era inglés de origen, pero de nacionalidad española y que había figurado en la guerra de África; a Cruzada Villamil, y a un señor emigrante de Italia de noble figura y cuyo nombre nunca pude averiguar.

También conocí en el Ateneo —continuó diciendo— a Sánchez Moguel, Manuel de la Revilla, Fernando Fulgosi, el geólogo Villanova, Pedro Alcántara García, Urbano González Serrano, el inteligente bibliófilo y anticuario Menéndez Rayón, Laureano Calderón (hermano de D. Alfredo), Amós de Escalante, Narciso Campillo, Leopoldo Alas (*Clarín*), Adolfo Posada, Palacio Valdés, Eugenio Sellés, Julio Burell, que entonces era un muchacho que comenzaba a escribir poesías, y los catedráticos de la Universidad Central Fangarnes, que era joven, y Pisa-Pajares, que ya era hombre de bastante edad. Además recuerdo que traté, de los sabios de aquel tiempo que ya han pasado a la historia, a D. Fermín Gonzalo Morón, a D. Frutos Saavedra Meneses, al arabista Godoy Alcántara, al padre Sánchez y otros. Me acuerdo también de cuando entró con un cargo muy modesto el inteligente y simpático Teodoro, actual conserje del Ateneo.

Por último —agregó— D. Benito— apunten ustedes este detalle:

En la Biblioteca del Ateneo viejo, D. Ventura Ruiz Aguilera me hizo un plano de Salamanca que me sirvió para escribir *Arapiles*, pues entonces no conocía yo la citada capital. Después fui varias veces a Salamanca y vi que había acertado en las descripciones que hice en dicha obra, valiéndome del plano que me trazó aquel ilustre poeta.

CAPITULO XIII

GALDÓS, DRAMATURGO

Cómo volvió a escribir para el teatro. — El estreno de "Realidad". — El mágico de astracán. — "La loca de la casa". — El fracaso de "Los Condenados". — Otras obras.

Ya lo hemos dicho en otro capítulo de este libro. El teatro había sido uno de los grandes amores de Galdós en los comienzos de su carrera literaria. Un drama en verso, *La expulsión de los moriscos*, fue la primera obra que escribió a su llegada a Madrid, cuando tenía veinte años, y hubiera seguido cultivando intensamente el género dramático, de no haber sufrido decepciones gran-

des, cuando en aquella época pretendió, sin resultado, estrenar en algunos de los coliseos de la corte.

Pero los desengaños que sufriera le apartaron del género dramático y se inclinó a cultivar la novela. Los grandes, los inmensos éxitos que como novelista comenzó a obtener desde el primer instante, esfumaron en su alma sus aficiones a escribir para la escena, de tal forma que, desde el año 64 hasta el 91, no intentó siquiera hacer una obra dramática. En cambio, conocidísima es de toda España la fecunda labor que realizó en la novela en el transcurso de esos años.

Y así hubiera seguido, novelando exclusivamente, si una feliz coincidencia no le hubiera puesto en camino de escribir para el teatro, volviendo a despertar sus antiguas aficiones.

A fines del año de 1891, un amigo le presentó a Emilio Mario, que era entonces director y empresario del teatro de la Comedia.

Mario animó a Galdós a que llevara a la escena su novela *Realidad*, que había escrito en forma dialogada, y el gran novelista, después de algunas dudas, prometió hacerlo y estrenar la obra en el teatro de la Comedia.

En efecto, dos o tres meses después, a principios de 1892, entregaba la obra al empresario del coliseo de la calle del Príncipe.

En aquellos días hubo modificaciones en la compañía de la Comedia. Se retiraron Antonio Vico y Carmen Cobeña y para sustituirlos trajo Mario a Cepillo y María Guerrero. Estos notables artistas, en unión de Thuiller y Julia Martínez, que continuaban formando parte de la compañía, se encargaron de los principales papeles de *Realidad*.

Los ensayos fueron largos y minuciosos y a todos ellos acudió Galdós. Se pasaron grandes fatigas para hacer la aparición de la sombra de Federico, pues ninguno de los sistemas que se empleaban daban el resultado apetecido. Por fin se solucionó el problema con la ayuda de un sujeto de nacionalidad italiana, que tenía establecido en un piso bajo el antiguo espectáculo de la cabeza parlante que realizaba por medio de espejos.

Dicho sujeto fue contratado por el empresario y con su sistema se logró fingir lo mejor posible la aparición de la sombra, después de repetidos ensayos que se hicieron terminada la función de la noche.

Mario llamaba al aludido italiano *el mágico de astracán*.

El 15 de Marzo de 1892 se verificó el estreno de *Realidad*. La sala de la Comedia presentaba brillantísimo aspecto. Se vendieron todas las localidades y los palcos y butacas estaban ocupados por las personas más distinguidas de la sociedad madrileña.

La obra gustó y alcanzó un buen éxito. En la Prensa, los juicios de la crítica no fueron tan favorables, como había sido el del público. Se hizo veintidós noches conse-



cutivas y se dio al autor un beneficio.

—La interpretación — nos dijo D. Benito— fue acertadísima. María Guerrero, Julia Martínez, Cepillo, Thuiller, Emilio Mario y los demás artistas que en el desempeño de la obra tomaron parte, estudiaron muy bien.

El estreno de *Realidad* —añadió— me dejó comprometido con Mario para continuar haciendo obras dramáticas y escribí a continuación en Santander, pero no en el hotel que allí poseo, pues entonces se estaba construyendo, *La loca de la casa*, que se estrenó en la Comedia el 21 de Enero de 1893. Esta obra obtuvo también un gran éxito. Cepillo alcanzó un triunfo ruidosísimo con la creación del personaje de *Pepet*. Verdaderamente lo supo encarnar de manera admirable. María Guerrero también estuvo acertadísima en el papel de *Victoria* y los demás artistas contribuyeron al éxito del conjunto.

En el verano siguiente escribió Galdós, ya en su casa de Santander, *La de San Quintín*, que se estrenó también en el teatro de la Comedia el 27 de Enero de 1894.

Gustó tanto esta obra, que alcanzó aún mayor éxito que *Realidad* y *La loca de la casa*, y ya hemos dicho que éstas lo obtuvieron muy satisfactorio.

María Guerrero estuvo admirable interpretando la *Duquesa de San Quintín* e hizo una creación acabada de este personaje, en opinión de D. Benito.

Cepillo, Thuiller, Paco Ortega, Cirera, Balaguer y otros artistas que tomaron parte en el estreno de la obra, desempeñaron muy bien sus respectivos papeles y fueron muy aplaudidos.

La de San Quintín alcanzó cincuenta representaciones consecutivas en el coliseo de la calle del Príncipe. Se hizo también en todos los teatros de provincias con igual brillantísimo éxito.

En el verano del mismo año escribí Galdós *Los condenados* para lo cual hizo un viaje penosísimo al Valle de Ansó en el Alto Aragón. Allí se empapó del ambiente que había de palpar en la obra, hizo un detenido estudio del escenario en que los personajes se habían de mover y tomó las notas necesarias. Logrado esto, regresó a Santander y, en la hermosa quinta que posee en aquella capital, escribió la obra.

En aquella temporada volvió a cambiar la compañía de Mario. Se retiró María Guerrero y fue sustituida por Carmen Cobeña.

Los condenados se estrenó el 11 de Diciembre de 1894. Tuvo un estreno desgraciado y la obra fracasó a pesar de los esfuerzos que hicieron para salvarla Carmen Cobeña, Conchita Ruiz, Emilio Thuiller y los demás artistas que en la interpretación tomaron parte.

Las tres representaciones reglamentarias se dieron sólo de *Los condenados* en el teatro de la Comedia. Después se estrenó en

varios coliseos de provincias y obtuvo un éxito satisfactorio.

A propósito de lo que ocurrió en Madrid en el estreno del citado drama, escribió Galdós el prólogo que hoy figura al frente del volumen en que editó *Los condenados*. En aquella época fue dicho prólogo muy leído y lo publicaron *El Correo* y el *Diario del Teatro*, que era de Salvador Canals. En él, Galdós acataba el veredicto del público y se rebelaba contra el fallo de la prensa. Esto originó gran discusión en los periódicos.

—No crean ustedes —nos dijo D. Benito— que he desistido de ver representada esta obra otra vez en Madrid. Quizás sin tardar mucho vuelva a aparecer en la escena del teatro Español.

El 20 de Diciembre de 1895 estrenó *Voluntad* en el teatro Español, donde actuaba la compañía de María Guerrero, y el 28 de Enero de 1896, la compañía de María Tubau estrenó *Doña Perfecta* en el teatro de la Comedia.

Voluntad tuvo un éxito frío. *Doña Perfecta* fue recibida con entusiasmo por el público, alcanzando un éxito brillante.

El 23 de Diciembre de 1896 estrenó *La fiera* en la Comedia, drama político en tres actos en el que se condenan los extravíos del fanatismo. El autor venció no pocas dificultades y triunfó con el asunto.

Por aquellos años hizo Galdós varios viajes por provincias para asistir a las representaciones de sus obras.

En Marzo de 1896 fue a Valencia para asistir al estreno de *Doña Perfecta*. Después estuvo en Alicante. A su regreso a Valencia asistió a una fiesta popular, el 17 de dicho mes, dada en su honor en la Albufera por el Ayuntamiento y el Ateneo, en la que se quemaron tracas y hubo bailes populares.

También fue a Zaragoza y asistió a una representación de *Doña Perfecta* el 14 de Abril. Más tarde hizo un viaje a Barcelona y el Ayuntamiento le dedicó una brillantísima serenata. Aquella misma noche se representó en el Teatro Lírico *Los condenados*.

En Valladolid asistió a una representación de *Realidad* y en Oviedo presenció el estreno de *La loca de la casa*.

Al día siguiente se celebró un banquete en su honor.

Hubo brindis muy entusiastas de Rivas Moreno, gobernador civil de la provincia, del rector de la Universidad y de D. Melquiades Álvarez.

La estancia del insigne dramaturgo produjo frenético entusiasmo en Oviedo, siendo el escritor admirado por la población en masa.

Más tarde, acompañado de algunos amigos, fue desde Santander a Bilbao por mar, para asistir, en la capital de Vizcaya, a una representación de *La de San Quintín*.

Fue muy obsequiado y, al regresar a Santander, se le tributó una cariñosísima despedida.